

e/111

GACETA MÉDICA

PERIÓDICO

DE LA

ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO



TOMO XXII.

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE

BAJOS DE SAN AGUSTÍN N. 1.

1887

**Propiedad de la
Academia N. de Medicina
de México**

GACETA MÉDICA DE MÉXICO

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO.

PATOLOGÍA.

LAS LARVAS DE LAS MOSCAS EN LAS FOSAS NASALES

Ó LA ENFERMEDAD LLAMADA MYIASIS.

Primera parte.

Aunque la enfermedad que se ha llamado *myiasis* es tan antigua como los factores que han contribuido á formarla, sin embargo, poco se han ocupado de ella muchos autores de patología, dejando un vacío bastante extraño, puesto que la enfermedad de ese nombre es tan grave y varias veces mortal.

En varias obras que han estado en mi mano solo he visto algunas indicaciones sobre este asunto, y más bien en obras de Historia Natural ó de instrucción recreativa, he encontrado algo más que se ha expresado con motivo de dar á conocer los animales con sus hábitos y costumbres. De este modo trae algunas más indicaciones la obra intitulada *Maravillas de la Naturaleza*, que siempre son muy dignas de toda consideración. Entre los autores que se ocupan de esta enfermedad, aunque muy poco y sin darle el nombre, se encuentran los Dres. Roche, Sanson y Lenoire, quienes en el sexto tomo de su Patología Médico-Quirúrgica, pág. 15, dicen: «Así es que Pozzi y Schneider han visto pequeños gusanos detenerse en los senos frontales y dar origen á dolores atroces, á vértigos y á un delirio maniático, los que no han cesado sino después de la expulsión de los gusanos.»

En el Diccionario de Medicina, Cirugía y Farmacia del Dr. Nisten, el autor dice: «Las larvas de las moscas han sido encontradas en los senos frontales y maxilares, en las vías lacrimales, en las narices, el conducto auditivo, el ano, el ombligo, la piel y el tejido subcutáneo del abdomen, del cuello, de los miembros, del escroto y del cuero cabelludo.»

Más extensas las noticias de esta enfermedad en la obra mencionada *Maravillas de la Naturaleza*, dirigida por A. E. Brehn, tomo 2.º, que trata de los insectos múscidos, Künckel desciende á dividirlos en múscidos *calípteros*, y múscidos *acalípteros*; consagra á los primeros un bien escrito artículo en que

describe sus hábitos y costumbres, y yendo más allá, dedica una parte para hablar de los múscidos antropófagos, entre los que coloca á la mosca lucilia maxilaria ú hominivorax, bien perjudicial al hombre, pues de ésta se citan, aun por otros escritores, hasta accidentes mortales. Si á esta lucilia se la ha creído de la América del Sur, también lo es de Europa, pues en el Diccionario de Historia Natural de D'Ovigai y en la obra intitulada: *Los Tres Reinos de la Naturaleza*, consta que es común en ella, dedicándole en estas obras un género separado y considerando á la lucilia César como su tipo principal.

Difícil sería tener á la mano un ejemplar natural de la lucilia maxilaria de la que acabo de hablar: hasta el presente, para mí, sea de la América del Sur, sea de Europa, sin haberla visto en los lugares que he visitado de México, puedo tenerla como extranjera y presentar á la Academia el adjunto retrato que da una idea de este animal: éste tiene de diferencia con nuestra mosca azul vomitoria, el que en ésta el abdomen es más aovado, y que lo pintado de rojo del mismo sólo lo tiene la mosca lucilia, lo cual echó de menos el Sr. Dr. D. Lauro M.^a Jiménez, en el caso que se recordará adelante, y por eso á las que él describe les dió el nombre de *vercicolor*, por los tornasoles que percibió de azul metálico del cuerpo del animal y los colores con reflejos de oro que dan á la luz las alas de gasa de este insecto.

Como quiera que sea, este sabio no existe ya por desgracia y no puedo oír su voz autorizada para quitar toda duda á mi sencilla conjetura.

La mosca azul vomitoria existe en México, y en mi concepto, es la que ocasiona los casos más ó menos desgraciados de myiasis: yo la he visto en distintos lugares de Oaxaca: en México he cogido una al rumbo de Buenavista, acabando de mudar su piel, pues aun le quedaban algunos pedazos adheridos, y dos que he visto en las macetas de la azotea de mi casa, donde formaban con sus revoloteos esas danzas aéreas del tiempo de sus amores; la tercera la presento á la Academia con esta Memoria. El caso del Sr. Jiménez, el venido de Monterey, para lo que fué comisionado el mismo señor, abriendo dictamen, y el del Sr. Caréaga, que consta en su lectura de reglamento presentado á la Academia, indican que aqui tenemos esta *mosca azul vomitoria ó de la carne*.

Este enemigo, envuelto en su rica vestidura de un hermoso azul, oculta lo perjudicial que es al hombre y á otros animales cuando por buscar un seguro alimento para su progenitura, deposita, según su especie, sus larvas ó sus huevos en la nariz ú otro lugar del hombre ó de otros animales, guiado por el mal olor que producen ciertas enfermedades predisponentes y á veces aun sin él. Este instinto de la mosca de que hablamos, lo mismo que el de la lucilia y quizá también el de la cadaverina, de preparar á sus hijos el alimento que al nacer no podrían darles; no yendo precedido de una buena inteligencia, las hace precipitar sobre las grandes flores de la *stapelia*, del *arum dracuncutus* y el *Phallus impudicus*, que exhalan un olor cadavérico, principalmente en la época de

la generación, y depositar allí el producto de la concepción, sin poder comprender que de estas efímeras flores pronto acabará la existencia y arrastrarán consigo el tesoro que se les había confiado.

La mosca azul vomitoria, como las otras moscas, inclusa la doméstica, que sólo se diferencia por caracteres de especie bien ligeros, está comprendida, según Claus (Tratado de Zoología conforme al estado presente de la ciencia, ediciones de 1878), y la siguiente, en el género *musca* de la tercera familia *múscidos* del primer grupo *muscaridos*, del segundo sub-orden *dipteros*, de la cuarta clase *exápodos* de los insectos.

DESCRIPCIÓN.—La mosca azul vomitoria tiene de largo, del vértice de la cabeza á la punta de las alas, catorce milímetros á lo más, y su ancho es estéticamente proporcionado; la cabeza es ancha, comprimida de delante á atrás y separada del tórax por un cuello corto y muy delgado; el epistomo es poco prominente y el epicráneo se ve poco, pues lo grande de los ojos lo ocultan en gran parte; estos ojos son dos, compuestos, y esto se hace más visible porque la córnea está formada de muchas lenticillas cóncavo-convexas que dejando reflectar ó refrangir la luz, hacen preciosos iris predominando los colores verdes y azules, vistos con un lente, mas á la simple vista son negros, ligeramente rojizos y rodeados de un filete blanquizco que los adorna bien: estos ojos un poco ovalados, se unen mucho por detrás, dejando un corto espacio del epicráneo, principalmente en el macho.

Entre las mejillas pobladas de pelos amarillo-rojizos, aparece un espacio cuadrangular de aspecto de una grande boca, mas de este espacio sale la trompa que lo es en estos animales; ésta es proporcionalmente á su tamaño, larga, acomodada en su medio, compuesta de un chupador y una vaina; en el primero hay cerdas, la segunda que lo envuelve tiene en su extremidad un labio grueso, algo velludo y articulado con el cuerpo de la trompa en ángulo, que parece ganchosa y cuyo labio deja pasar en su medio el chupador. El otro extremo de la vaina, que forma la base de la trompa, se adhiere á los bordes de la cavidad, y un poco más arriba se fijan en ella dos palpos largos de los que el último artejo es velludo y de mayor tamaño, de extremo negro y resto amarillo-rojizo. El chupador al entrar y salir de la cavidad, extiende ó encoge la vaina, cual lo hiciera el brazo humano en una manga de camisa, y en este caso también los palpos salen y entran congéneres con la trompa. La largueza de estos palpos, lo visible de ellos, aun cuando la trompa esté recogida, los ha hecho tomar por las antenas, llamándolos antiguamente anténulas, y una persona respetable se equivocara con tomarlas por las antenas que saliendo de una especie de vulva, parecían esas aparentes antenas un clitoris doble como las describió.

Las verdaderas antenas son dos, situadas delante y un poco arriba de los ojos; son como dos plumeritos que teniendo un piececillo delgado, engruesan y dan varios filamentos, de los que el de en medio es el más largo; estas antenas para

verse bien necesitase de un lente, y entonces se puede apreciar la diferencia con los grandes pelos gruesos que hay en la cabeza, que son solitarios y sin ramificación alguna.

El tórax está compuesto de tres anillos principales cuyas divisiones las suprimo por no ser necesario: el primero, llamado *protórax*, contiene dos patas: el segundo, *mesotórax*, lleva consigo un par de patas y dos alas: el tercero, *metatórax*, sólo contiene otras dos patas y termina atrás por una punta obtusa ú ovalada. Al pie de las alas hay unos cuerpecillos compuestos de dos hilos y un globulillo en su extremo que llevan el nombre de balancines, tal vez porque se ha creído que sirven de equilibrio en el vuelo; pero tan pequeños, que dudo tengan uso éstos en una función tan pujante del animal; casi envuelven á estos balancines unas membranas plegadas y muy pequeñas, que algunos llaman cucharitas y que parecen como un remedo de las segundas alas que en los dípteros no aparecen.

Las patas mencionadas, seis como en todo insecto, son negras y velludas: constan de anca, trocánter, muslo, pierna y tarso, siendo este último largo y de cinco divisiones, de cuyas fracciones la última lleva dos garfios y unas pelotas que forman unas ventosillas para adherirse aun cuando anden en cielos rasos, etc. La lámina que acompaña da una idea de la garra y ventosas de la lucilia que puede considerarse como diez mil veces aumentada: ella dará una idea de lo que son las de las otras moscas, pues al microscopio se parecen las de la azul.

Volviendo á las alas, que no son rudimentarias ó abortadas, diremos que éstas son dos, membranosas, recorridas por nervios que se anastomosan entre sí y que no son más que tubos llenos de aire desde el nacimiento; la placa membranosa que forma los espacios internerviosos que les llaman celdas, están compuestas de celulillas transparentes sin regularidad; pero la celda que forma la última ó interna hilera, vista al microscopio, tiene las celulillas en hilerillas que parecen flecos; pero sin ser sueltas como en el *culex* ó mosquito.

El abdomen tiene cuatro anillos y un azul metálico más brillante que el del tórax, tiene vellos también y es deprimido un poco por el vientre y saliente por el dorso; diferencia solamente del de la lucilia en que éste es más oblongo, mientras el de ella es más redondo y rayado de rojo.

Largo sería dar una idea de las funciones de la generación, respiración, alimentación, etc., de estos animales que aunque en materia de higiene podrían ayudar mucho, es muy largo para una lectura: lo abundante de estos animales y casi siempre en contacto con el hombre, revela mucho de lo que pudiera decirse sobre esto, y las monografías de esta materia allanan cuanta duda pudiera ser necesario resolver. En lo poco que voy á manifestar antes de entrar en el fondo de la enfermedad que ocasionan, va algo de lo que más nos interesa. En cuanto á la generación que se hace por cópula, anunciada por persecución del

macho á la hembra, y las más veces preparadas por revoloteos ó danzas aéreas, su resultado final es el parto, naciendo animales vivos ó la puesta de huevos germinables: en ambos casos las larvas son las que vienen á ser los hijos del primer periodo de estos animales en su vida. Éstas son cilíndricas y parecidas á los gusanos, un poco abultadas por el medio de su longitud, á manera de tonel, sin miembros ni cabeza bien distinta y anilladas, cuyas junturas son erizadas de finisimos dientecillos como se ven en la fotografía adjunta y cuya boca indica la facilidad con que pueden roer nuestros tejidos. El crecimiento de estas larvas es admirable y se ha observado por naturalistas de todo crédito, que en veinticuatro horas han elevado su peso á doscientas veces del que antes tenían y adquirido un volumen proporcional á este peso. La respiración de estas larvas es traqueal y en sus faenas sobre las carnes animales, asoman de cuando en cuando para respirar practicando horadaciones de salida al exterior muy desagradables. Por fortuna estas larvas, aunque en ese estado adquieren algunos órganos, los de la generación son reservados á desarrollar hasta el estado de insecto perfecto, pues si así pululan en su invasión, de otro modo sería ésta espantosa. El olfato si aparece en su periodo y este es un poderoso elemento para la busca de sus alimentos, olfato que también es un recurso para atacarlas á la vez: ellas entran en su metamorfosis sin desnudarse de su piel: ésta se endurece y se convierte en un misterioso sepulcro donde á muy diferentes pasos de los del hombre, allí se verifican secretos admirables que en el día de la resurrección, aparece el insecto perfecto, bello, como salido de la mano de su Creador. Un poco entumido por falta de ejercicio, parecerá que sacude su sudario y lo desampara para volar á ostentar sus peligrosas galas que pueden sorprender, cuando armado de ellas distraiga la persecución que debe hacérseles, para evitar el equívoco de estos animales que atacan al hombre vivo en favor de sus hijos, extraviando el fin de la naturaleza que crió estos animales para consumir las podredumbres que serian nocivas á otros seres animados.

Que las moscas tienen un olfato es una cosa bien probada, y por una diaria experiencia se ve que ellas vuelan persiguiendo los olores que le son gratos y denunciadores de sus alimentos, y perciben por el olor á la hembra, aunque no la hayan visto. Esto y otras muchas experiencias, y el asentimiento general de todas las gentes observadoras, son motivos enérgicos para creer en la existencia de este órgano. Pero ¿dónde está colocado en las moscas este sentido y qué aparato lo forma? Esto es lo que sobre ello aun no se ha dicho la última palabra sin alguna objeción.

El Dr. Carus, en su Tratado de Anatomía comparada, seguida de investigaciones fisiológicas, dice en la pág. 427 del tomo I: «Reimarus, Baster y Cuvier consideran como olfativos los orificios de los órganos respiratorios. Otros como Lyonet, Bousdorf y Knoeh, lo consideran en los palpos, Reamur y Roensel en las antenas. Rosenthal, fundado en sus experiencias, creyó que esto se verificaba

en la mosca de la carne, en una película finamente plegada y que existe en la parte anterior de la cabeza de este animal, donde existen también pequeñísimos tubérculos palpiformes.»

Cita Carus otras opiniones y se inclina á creer en la de Reamur combinada con la de Rosenthal, sobre ser en las antenas donde reside el olfato, dando razón que ésta es más favorable, pues que las antenas son frecuentemente á manera de láminas branquiales, y porque éstas tienen estrecha vecindad con el ganglio cerebral.

Hoy gran parte de los naturalistas modernos señalan á las antenas como el órgano del olfato de los insectos. Joanes Chatin, en su obra *Los Órganos de los sentidos de los insectos y otros animales*, edición de 1880, pág. 278, cita á M. Balbiani, quien colocó en dos cajas distantes una de otra: en la una insectos hembras de la especie *bombix* y en la otra machos de la misma especie; pero cuidando de cortar á algunos machos las antenas: al olor de las hembras los machos antenados se agitan y quieren salir del cajón, haciendo esfuerzos en dirección al de las hembras; los desantenados son indiferentes á este olor y permanecen en sus posiciones sin cuidarse en nada de ellas. Esto habla muy alto en favor de que en las antenas existe el sentido del olfato en los insectos; y si, como lo creen algunos, y en la obra á que me he referido aun viene una lámina representando una antena de hormiga á una elevación bastante grande, microscópica, en ella existen filamentos táctiles y filamentos olfativos, como se ve en la copia adjunta tomada de Leydig: el asunto parece ya resuelto; pero ocurre todavía una duda: ¿después de la mutilación de los insectos en sus antenas, el estado enfermizo de ellos ha privádoslos de los deseos venéreos, y completamente restablecidos, buscarían también á las hembras? Joanes Chatin nada dice de esto, y sólo nuevas observaciones resolverían esta pequeña duda. Lo que sí está perfectamente probado es la existencia del olfato de las hormigas y por el contrario de las moscas, ellas huyen de los olores fuertes de esas plantas señaladas lo mismo que del ácido sulfuroso, y de esas flores se sirven algunos hortelanos para librar sus sembrados de esta plaga.

Continuando la historia de estos malévolos animales de que se ocupa este trabajo, en apoyo de lo que dice el Dr. Nisten, podría citar muchos casos en el hombre y en otros animales, de invasión de las larvas de las moscas; más para no detenerme mucho sólo citaré uno extraño en su situación á las narices. Un mayordomo de la iglesia del pueblo de la Trinidad de las Huertas, cercano á la ciudad de Oaxaca, tenía en la mano una gran bomba de cohetero de las que queman en las fiestas religiosas: al incendiársele otros cohetes que también tenía se comunicó el fuego á la bomba y la explosión convirtió en colgajos dicha mano



Fig. 1782.



Fig. 1783.



Fig. 1784.



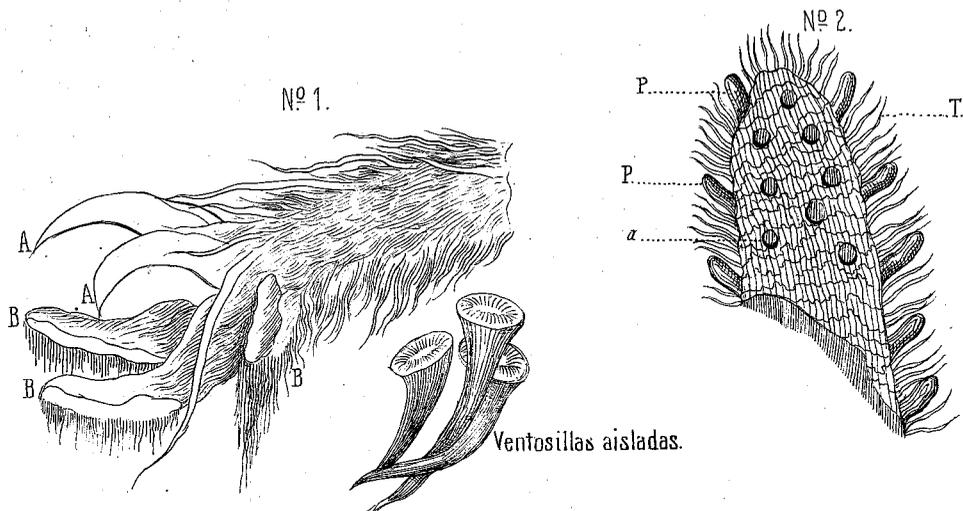
Fig. 1785.

Fig. 1782.—*Lucilia macellaria* ú *hominivorax*, tam. nat.

Fig. 1783.—Su larva, tam. nat.

Fig. 1784.—Region anterior é inferior de la larva muy aumentada.

Fig. 1785.—Mandíbula vista de perfil y muy aumentada



Nº 1. Extremidad del tarso de la Mosca azul, 2000 veces aumentada.

A.—Garfios á un lado.—B.—Ventosillas para asirse ayudando á los ganchos.

Nº 2.—Extremidad de una antena de la Hormiga roja aumentada.

P.—Pelos ó conos olfativos.—a.—Depresiones ó fondo en el cual se muestran sus últimos elementos según Leydig y Nuhn.—T.—Organos táctiles.

Nº 3.



Figura de una antena de la mosca azul aumentada

y produjo la dislocación de la articulación radio-carpiana. Toda operación que no fuera la desarticulación, en mi concepto era en vano y de esta opinión fué el Dr. Antonio Salinas, padre; mas otro compañero, cediendo á su compasión, nos pidió que aguardásemos tres ó cuatro días, para que si en ellos se perdía toda esperanza, procediésemos á la operación. Llegado el plazo que era necesario esperar, el enfermo habia perdido entonces su decisión, y nosotros no podíamos aceptar responsabilidades de seguro fracaso. Se entregó en manos de un extranjero llamado Espotorno, que era un curandero acabado de llegar á la ciudad, y éste, con aquella charlataneria que es propia de estos hombres, le enredó en dicha mano unos intestinos de paloma tierna que hizo sacar de los animales á un tiempo por dos hombres. Vino la putrefacción de esos intestinos juntándose con lo corrompido de la mano, y tras esto las moscas á llenar de larvas la mano de este desgraciado, las que producían un hormiguero fatal. Más tarde un médico dicen le hizo algunas indicaciones para matar aquellos animales; pero los estragos fueron muy considerables, y accidentes septicémicos muy serios le hicieron descender al sepulcro.

Künckel dice, que durante los calores del estío, sobre todo, en las grandes aglomeraciones de hombres enfermos, si las heridas quedan descubiertas más ó menos tiempo, no es raro ver desarrollarse en ellas las larvas de las moscas, y comprueba su dicho, asegurando que muchos cirujanos han señalado este hecho, y entre ellos cita á Larrey, que presenció estas larvas en muchos heridos que trató en Siria, en lo que le parecia que ellos aceleraban la supuración, causando comezón y picoteos que obligaban á repetir las curaciones. Larrey atacaba estas larvas con sustancias amargas y aromáticas en lociones. Recordaremos esta medicación á su tiempo.

Künckel dice también que «se concibe que en un hombre bien dormido, las moscas vienen á reposar sobre sus membranas mucosas, y si el sueño es prolongado, puede ser invadido de los gusanos llamados *aticoss* (en español se llaman cresas), y es lo que ha sido observado en 1827 por Julio Cloqué en el Hospital de San Luis. El mismo Künckel cita también otros hechos, y entre ellos el de un hombre de sesenta y seis años de edad, que estando en estado completo de embriaguez, abajo de Montmartre, se durmió no lejos de una fosa en la cual arrojaban habitualmente los animales muertos del cuartel. Atraídas las moscas por el mal olor exhalado, pusieron sus huevos en las narices de este hombre, en el conducto auditivo, etc. Su sueño duró treinta y seis horas y este desgraciado fué roído por los gusanos que lo devoraron dormido. Lo llevaron al hospital de San Luis en un estado deplorable. De los abscesos de debajo del cuero cabelludo, de las narices, de las órbitas, de las fosas temporales y del cuello escurría una materia purulenta. Bien pronto la piel del cráneo, las orejas, los párpados, las narices, fueron acribilladas de agujeros, y se le veían hormiguar los gusanos en estas partes, que se reconocieron ser las larvas de la

mosca de la carne, las que dieron al enfermo el aspecto de un cadáver en putrefacción.»

En la primera y segunda sesiones de este ilustre Cuerpo en que se trató de estas larvas, manifesté que estos animales penetraban á veces hasta el interior del cráneo rompiendo la lámina cribosa, y que dirigían sus ataques al cerebro y sus membranas, lo cual no era de sorprender en aquellas personas que por ignorancia ó falta de recursos se habian abandonado. Ahora puedo decir también que cuando esto no suceda, por lo menos puede darse lugar á simpatías meningo-cerebrales ó á propagación de la flegmasia producida que pueden acarrear la muerte: el siguiente caso es el comprobante de esta verdad.

Julio Cloquet hizo en un enfermo de myiasis la extracción de una multitud de larvas, llenando con ellas unas escudillas, y viendo que las del globo del ojo y su cavidad eran todavía muchas, le ocurrió hacer fricciones con unguento mercurial. Las larvas murieron, y cuando él se proponía presentar curado á este enfermo á la Academia de su país, vinieron simpatías cerebrales á este desgraciado y se presentó una fiebre cerebral de la cual murió. En la inspección del cadáver, se encontró en el interior las lesiones dichas, el periostio estaba separado en parte y desprendido de los huesos. En el interior del cráneo las tres envolturas del cerebro estaban inflamadas y reblandecidas, la sustancia cortical del cerebro indicaba que al interior se habian comunicado los padecimientos.

Muchos casos se podían citar como éste para fijarnos más y más en que debemos estar en guardia contra estos animales.

Pasemos ahora á recordar un caso de myiasis perteneciente á la medicina mexicana y que consta en la «Gaceta Médica de México,» en el IV tomo: el actor como médico en él es el Sr. Dr. D. Lauro Maria Jiménez, cuya memoria será siempre perdurable en la historia médica de nuestro país. Como en estos apuntes me he propuesto tratar no sólo de un caso de myiasis, sino de toda la enfermedad, como se acostumbra de cualquiera otra, me honro con extractar, aunque sea en una parte, tan interesante trabajo, que es precioso, no sólo por ser producto de tan distinguido médico, sino porque en él se confirma que en nuestro país se dan casos graves de myiasis, y porque además, se comprueba el origen de las larvas de que trata, pues por fortuna á su vista han nacido también las moscas venidas de las larvas. Un anciano del pueblo de Cuautitlán, de edad de noventa y seis años, de constitución vigorosa y salud muy satisfactoria, viniendo de su pueblo á México y en un lugar cercano todavía, donde abundaban los *tabanos* (*Tabanus* de Linneo, perteneciente á la familia de los *Tabanides* de *Claus*), comenzó á sufrir fuertes y continuos estornudos, consecuencia de un escozor intolerable en la nariz, á los que siguió luego la epistaxis. Desde el 15 de Noviembre de 1866 hasta el 28 en que entró en el hospital, habia sufrido estas molestias aumentadas con calenturas, calofrios, el cuerpo quebrantado y dolores insufribles que se extendían desde la nariz hasta los párpados y regiones

superciliares. Hasta aquí no se había hecho por todo remedio mas que una bebida y unos fomentos que le había ministrado un farmacéutico.

Entrado este hombre al hospital, la primera noche la pasó matando las larvas que solían salir de la nariz y rogando lo librasen de aquellos animales que le hacían sufrir mucho. Inspeccionando el Sr. Jiménez el fondo de las fosas nasales, advirtió entre las mucosidades un cuerpo que se movía, y al sacarlo con las pinzas vió que era una larva viva; mas como advirtiese que estas operaciones eran muy dolorosas, pensó en un agente vaporoso que pudiera llegar á los escondites de las larvas: el ácido sulfuroso fué elegido, y á ese efecto hizo quemar azufre á una distancia proporcionada del enfermo para no dañarlo. El Sr. Jiménez creyó que este medio ayudó á la curación, que fué feliz, y no dice qué otros medicamentos haya usado á la vez. El enfermo llegó á arrojar varias larvas, de las que siete pudo recoger vivas y colocarlas en un vaso de observación, las cuales duraron moviéndose primero, después endurecida la piel, en una quietud de aparente muerte, quedando convertida en capullo dicha piel, hasta que el día 27, rompiendo los tres últimos anillos de su capullo, salieron los insectos perfectos ostentando su hermosura, que describe con bastante propiedad. Es decir, que desde el 13 de Noviembre de invasión en que es de suponer el parto de la mosca madre, al 23 de Diciembre del mismo año, las larvas recorrieron treinta y ocho días para aparecer insectos perfectos.

Segunda parte.

CAUSAS, SÍNTOMAS, CARACTERES ANATÓMICOS, PRONÓSTICO, PROFILAXIA Y TRATAMIENTO DE LA MYIASIS.

Los casos de esta enfermedad que se han citado, aunque pocos, por no hacer más larga esta lectura, llevan en sí pintadas las materias que encabezan esta parte del presente trabajo; por lo mismo, sólo haré aquí una breve sinopsis de ellas como una ayuda de memoria.

Las causas ocasionales de la myiasis son únicamente las moscas antropófagas; las predisponentes son varias, y entre ellas el ocaña, que por su mal olor ocupa el primer lugar, las úlceras sifilíticas en la nariz ó sus cercanías, las elefantiásicas, las escrofulosas, la necrosis de sus huesos, etc., con sus olores característicos, son agentes de llamamiento á las moscas mencionadas y predisponen así para contraer la myiasis.

La falta de policía sanitaria por cuyo abandono abundan los despojos de animales corrompidos en las calles, en los caminos, en las casas, hace multiplicar estos animales, y al menor descuido del hombre, ser atacado por ellos, contrayendo dicha enfermedad.

El sueño profundo y sin precauciones, la embriaguez extrema en las mismas

condiciones, predisponen por lo indefenso del hombre á recibir en las narices ú otro lugar de las mucosas descubiertas el germen de estos animales. No es extraño para mí que en uno de los casos referidos por autores respetables, figure un sueño profundo de treinta y seis horas: la embriaguez excesiva suele durar demasiado, y en algunas personas su entorpecimiento es hasta grave. Yo conocí á un hojalatero, que sin ser ebrio consuetudinario, cuando solía tomar licor, entraba en un entorpecimiento tan profundo que simulaba un cadáver, no sabiéndose que estaba vivo, mas que por una respiración muy débil y por un pulso también igual. Y conocí también á un joven que no ha mucho murió á consecuencia de abusos en el licor, que guardaba un paralelo con el hojalatero mencionado.

Los síntomas de la myiasis son: un escozor intolerable de la nariz, frecuentes estornudos, la epistaxis más ó menos prolongada, los dolores en la nariz, en los párpados, en las sienes, en las regiones superciliares; los escurrimientos saniosos de las fosas nasales, el lagrimeo, la erisipela de la cara, y cuando las larvas han invadido los senos maxilares y los frontales, los dolores en estos lugares son más fuertes y se combinan con una sensación de plenitud muy mortificante. Las simpatías cerebrales pueden con esto solo presentarse y pasar á constituir padecimientos hidiopáticos y éstos con muy justa razón aparecen si las larvas, abriéndose paso por la lámina cribosa, atacan el cerebro y sus envolturas, viniendo entonces la fiebre cerebral y la muerte.

A la trasboca y garganta pasan las larvas algunas veces produciendo abscesos y desorganizaciones, consumiendo la úvula, los pilares del paladar y aun la pared de la faringe: dejándose ver las larvas en el fondo de la garganta en medio de lo tumefacto de estos lugares inflamados, y si el restablecimiento se consigue quedan aquellos trastornos de voz que dejan las úlceras desorganizadoras sifilíticas. Por todo esto, y más que pudiera decirse por la tendencia de las larvas á extenderse devorando, el diagnóstico es variable y dependiente del estado en que se encuentre al enfermo, de la elección y posibilidad de la aplicación de los remedios y la docilidad de éste y actividad de sus deudos.

Casi se debía excusar el escribir sobre los caracteres anatómicos, pues los síntomas revelan cuál será el campo sobre que girará el escarpelo. Flegmasía, intensas desorganizaciones, reblandecimiento del cerebro y sus membranas, algunos restos de animales, he aquí el resultado final de este estudio.

La higiene marca el aseo que debe haber en las poblaciones y caminos transitados, en las casas, alejando de ellos toda putrefacción que pueda atraer á las moscas á desovar ó parir sus hijos y multiplicarlos hasta lo infinito. Consumir estos despojos podridos abonando tierras ó quemándolos, sería una buena medida. Las auras son una ayuda para una limpia eficaz; como se acostumbra en Veracruz la protección de la vida de estos animales, es una buena medida.

Cubrir los lechos al dormir en lugares sospechosos por abundancia de mos-

cas antropófagas; cubrirse la cara con un lienzo ligero, ó taparse las aberturas de la nariz con unos algodones muy enrarecidos para dejar paso al aire y no á las moscas ó sus larvas, son medidas no despreciables. Las enfermedades predisponentes por un mal olor, deben verse con empeño á fin de medicinarse de ellas, ya por lo que en sí valen, ya por quitar la predisposición que ellas tengan que poner para la myiasis. El ocena encabeza estas enfermedades, y presentándose algunas dudas sobre su naturaleza, por autores respetables, bueno será aunque de paso, consagrar dos palabras á esta enfermedad.

El Dr. Fort, en la pág. 235 de su Patología Clínica y Terapéutica Quirúrgicas (edición española), después de definir el ocena y señalar algunas particularidades de él, manifestando que á veces es congénere con ulceraciones en el fondo de la nariz, y á veces no, y qué otras hay estas ulceraciones sin haber ocena, dice: «hay, pues, que atribuirle con Trousseau á una idiosincrasia particular de ciertos individuos, cuya secreción nasal sería naturalmente fétida como lo es en otros tan á menudo el sudor de los piés y de las axilas? Sin pronunciarnos absolutamente contra esta explicación, diremos que la verdadera causa del ocena nos parece desconocida.» El Dr. Fort propone para la curación, las frecuentes inyecciones de una solución de clorato de potasa repetidas por largo tiempo, y siguiendo yo su indicación lo he estado usando en una enferma encontrando algún alivio en la ulceración, aunque los dolores fuertes del sincipucio todavía resisten: tal vez á la larga la curación completa pueda venir.

Pero lo que sí me parece llamar la atención es que el ocena por lo regular viene á consecuencia de la interrupción violenta de las mucosidades en los cartaros agudos producida por mojarse en tal estado la cabeza y dejarse la humedad algunas horas, viniendo esta enfermedad violenta ó lentamente, mas no consistiendo siempre en sólo el mal olor, sino con dolores gravativos de frente, desvanecimientos, etc. Esta supresión es, pues, la causa, según la experiencia nos enseña, y más adelante, pág. 336, el mismo autor dice, hablando del ocena de las amígdalas: «Ya hemos visto al tratar de las enfermedades de las fosas nasales, que el ocena reconocía por causa una alteración de la secreción de la mucosa pituitaria.» Esta otra doctrina, distinta de la primera, ya nos pone de conformidad para dirigirse al punto de donde se debe sacar utilidad. Volver esos flujos mucosos á su corriente y á su naturaleza propia es la indicación que hay que llenar para quitar esta enfermedad predisponente, y si al registrar la nariz entera, ninguna lesión puede encontrarse, presente el mal olor, indagaremos por los síntomas su asiento, pues probablemente la mucosa de los senos maxilares ó frontales es la causa de esa enfermedad comunicando su mal olor por sus aberturas naturales en el meato que queda entre los dos cornetes. Algunos tópicos aceitosos aplicados calientes á estos lugares, principalmente con estoraque y otros medios por inyecciones á las fosas nasales, si éstas padecen traen esos flujos al corriente las más veces.

El tratamiento de la myiasis, fuera del que se deba poner para sus consecuencias, debe apoyarse en aquel antiguo tema: «*Sublata causa, tolitum effectum.*» Matar las larvas, pues, es nuestro primer deber en este caso. Los amargos y aromáticos, á imitación del elocuente sabio Larrey, si no es demasiado activo y especial el aroma, creo que no llevaremos seguridad aplicados á la nariz, donde su acción será pasajera. El *Veratrum Officinale* ó cebadilla en cocimientos ó polvos que usan los campistas para matar las larvas de sus animales domésticos, por sus peligros y cualquiera imprudencia que hubiera, no me atrevo á proponerlo; el unguento mercurial es eficaz, pero no accesible á todo lugar donde estén las larvas, y los vapores del mercurio quemado no son para intentar jamás aplicarlos, pues traerían gravísimos resultados. El ácido sulfuroso que quemando azufre aplicó el Sr. Jimenez, tiene el inconveniente de sólo ayudar, como dice el mismo señor, y hay casos que los instantes son horas para dirigir á tiempo los remedios contra esta enfermedad, y yo no puedo saber qué otras cosas puso en juego para obtener el buen éxito de su curación, y á más, si por coágulos sanguíneos, si por mucosidades están obstruidas las narices, en vano se quemará el azufre, pues nada se sacará de él. El cloroformo me parece un poderoso insecticida para las moscas y sus larvas, y algunos médicos en Veracruz lo han usado en casos de *myiasis*: el Sr. Dr. Rodríguez Rivera me ha comunicado haberlo usado con buen éxito en el Hospital de Jalapa; pero ¿no sabemos cuántas contraindicaciones tiene el cloroformo para no aplicarlo en algunas personas? Yo me voy á tomar la libertad de proponer para esta curación un remedio seguro para matar la causa ocasional de esta enfermedad: reúne la inocencia para con el enfermo y el mejor insecticida para las larvas de que tratamos: el acaso me lo preparó y no fui desatento á sus benéficos favores.

Una larga experiencia me los ha ido comprobando y creo que en bien del hombre no debo dejar de publicar esos favores.

Uno de los condiscípulos del Sr. Dr. D. Pedro Escobedo, mi inolvidable maestro el Sr. Dr. D. Juan N. Bolaños, como una muestra de cariño y como un recuerdo de la parte que yo había tenido en el embalsamamiento y haber dibujado al monstruo de dos cabezas y un cuerpo que se publicó por él en el Museo Mexicano, me obsequió para el mío el original en que habíamos operado. El polvo en ausencia del maestro, se había adherido demasiado á la piel que quedaba impregnada de bálsamo y resistía á los laboratorios comunes, y entonces hice la limpia de esta curiosa pieza por medio del espíritu de trementina ó aguarrás. Al olor de esta sustancia (pues no limpié por inmersión) hizo que de algunas picaduras que tenía este doble feto, empezaran á salir atarantadas varias larvas, las cuales si tocaban el aguarrás, morían luego, y las que no, más tarde iban muriendo sin pasar ni una hora en sucumbir: esta observación me hizo concebir cuántas ventajas podría sacar de semejante agente, y desde entonces lo empecé á usar como un poderoso remedio contra las larvas de las moscas y otros insectos, pues

contra los termites y sus larvas lo usé con feliz éxito aplicándola con una brocha en el techo de una de las piezas de mi casa que se me estaba picando y en mis estantes de libros para atacar estos animales cuando se anunciaban picaduras, cosa que hasta hoy se acostumbra en mi oratorio, donde están guardados libros y colecciones de mi museo, sin que después de nueve años de este cuidado tenga necesidad de abandonarla por ineficaces resultados, sólo modificando esta práctica para las aves é insectos, por ser más poderosa la esencia de Cayeput que se mete en algodón en las cajas. Hay más sobre observaciones de la esencia de trementina: deseando en el presente año indagar la diferencia entre el aguarrás y el ácido fénico, pues el Sr. Dr. Caréaga deseaba saber si este ácido obraría como un insecticida, metí en un farolillo de cristal y latón, armado de un lente de observación, á una mosca, y en la puerta coloqué un algodón empapado en ácido fénico bien concentrado, para que la mosca percibiera su olor, dejando una parte abierta para que el animal no muriera de asfixia sin el aire. La mosca comenzó á moverse sin agitación, y cuando quiso salir de aquel encierro, al tocar el algodón con trompa y patas, cayó al fondo del farolillo toda convulsa y con contracciones, indicando los ardores que sufría por la acción del cáustico que había tocado. Este animal duró con tormentosa vida cosa de diez minutos y murió. Repetí el mismo experimento con otra mosca, el algodón sólo tenía el aguarrás; el animal quiso salir cuanto antes de su cárcel y al subir violenta, tocó el aguarrás, y como herida por un rayo, cayó al fondo muerta, sin convulsión ni contracciones, y bajo la muerte más violenta; esto ha fortalecido mi confianza y quizá servirá al Sr. Dr. Caréaga para allanar su duda.

La aplicación que he hecho en los enfermos de myiasis por la esencia de trementina ha sido externa y en inyecciones á los focos donde estos animales se encuentran, y creo que en casos dados de haberse tragado el enfermo las larvas vivas, no habría inconveniente en aplicarla al interior, pues es muy conocido el provecho que se obtiene en su aplicación de esta manera al atacar la tenia y otras lombrices en los intestinos, como he visto varias veces en la práctica.

Al exterior, en lavatorios, mezclada con sustancias emolientes en cocimiento y astringentes si hay epistaxis, da muy buenos resultados, y la misma inyección destruye los coágulos ó mucosidades estancadas que pudieran servir de obstáculo á la penetración de los vapores ó al mismo líquido de la inyección. Esto facilitará también el que el enfermo con frecuencia inspire el aguarrás mezclado con el aire, á cuyo efecto en vigilia puede hacerlo voluntariamente y en el sueño seguirá haciéndolo, colocándole cerca de la cara este líquido por medio de esponjas, compresas ó algodones.

Las larvas pasadas á los senos maxilares ó á los frontales presentan mil dificultades para atacarlas, y quizá la intervención de la cirugía sea necesaria por medio de sus trepanaciones, cuando por una mano muy diestra no se pueda llevar este insecticida á estos lugares por sus comunicaciones naturales entre las

fosas nasales y estos senos: para los maxilares creo debía preferirse el camino que presentan los alveolos de las muelas, pues como es sabido, muchas veces las raíces de estas muelas penetran en los senos maxilares y al extraer una muela ó perforar por este lugar por medio de una fresa de dentista, quedará el paso abierto para hacer una inyección, mediante una sonda de Itara ú otra de las finas que poseemos en la práctica quirúrgica. Y ni por la muerte de estos animales en estos senos, debe temerse queden allí, pues una vez muertos quedan sujetos á una reabsorción, como lo están las lombrices en el tubo intestinal, que resisten mientras están vivas á las funciones de la economía, pues aunque con más lentitud que en los intestinos, desaparecen estos animales. El aguarrás en el organismo humano hasta donde sea necesario para la curación, tampoco puede ser temible, pues su eliminación constantemente se hace por la orina, percibiéndose su presencia en ella hasta en aquellas personas que simplemente por su oficio tienen que inspirarla ó manosearla con frecuencia.

Mi trabajo es demasiado pobre y humilde, y por esto ruego á la Academia le imparta la indulgencia y le dé perfección con su sabiduría.

México, Junio 9 de 1886.

MANUEL ORTEGA REYES.

BIBLIOGRAFÍA.

Voy á dar cuenta á la Academia de algunās publicaciones en alemán, que fueron remitidas por el Dr. P. G. Unna, de Hamburgo.

1.—PÍLDORAS PARA EL YEYUNO.—El intestino delgado se presta admirablemente para la absorción de remedios, por su tolerancia, su gran superficie, su reabsorción activa y la falta de reacción ácida. Hay casos en que es preferible la acción de remedios sobre el intestino y yeyuno y no sobre el estómago, p. e.

a.—Tratándose de remedios cuyo empleo continuado irritara la mucosa del estómago: arsénico, ácido salicílico, creosote, crisarobina, quinina, copaiba y cubebas, digital, hierro, principalmente su yoduro y cloruro, opio, mercurio, sobre todo el yoduro y el sublimado corrosivo, el fósforo, tártaro estibiado y los vermífugos.

b.—De remedios que precipitan la pepsina y las peptonas y dañan la diges-